

In Memoriam a Eduardo Fidel Bajo (1939 - 2012)

No puedo escribir estas pocas líneas en honor a tu vida como si ya te hubieras ido para siempre. Porque aunque los historiadores escribimos sobre los muertos, no lo hacemos de los propios, de aquellos que fueron y son aún parte de nuestra propia vida. Por eso lo hago así, como si pudieras leer esto alguna vez, para celebrar y agradecer el haberte conocido.

Cuando ingresé a la Carrera de Historia faltaban pocos años para tu retiro, y tu figura tenía ya algo de mítico, como la de todo aquel que ha dejado la trayectoria casi entera de su vida en un trabajo, y te encontrabas rodeado de relatos que precedieron tu nombre a tu persona; al igual que los de todos aquellos compañeros tuyos, pertenecientes a una legendaria generación de profesores, otrora estudiantes, que han entrado ya en el otoño propio del tiempo inexorable; al igual que lo hicieron quienes los precedieron a ustedes y de quienes todavía resuenan sus nombres, con las enseñanzas de todos depositadas allí, como si de un infinito palimpsesto se tratara.

Y precisamente por eso, aunque fuiste profesor en otras Universidades e Institutos, como la Universidad Nacional de la Patagonia (C. Rivadavia) donde impartiste clases durante muchos años y a la que siempre recordabas, la Escuela de Historia de la Universidad Nacional de Córdoba era tu casa y tu sino; porque en ella te recibiste de licenciado, allá por la década del setenta, en tiempos más que difíciles para estudiar Historia y con un brillante trabajo sobre el pasado del sistema caminero de la Provincia de Córdoba, y en ella fuiste también su profesor durante más de dos décadas, principalmente a la cabeza de las cátedras de Historia de América del período independiente y de los Estados Unidos de Norteamérica. Y aun cuando estos contextos y períodos históricos ocuparon tu interés durante la mayor parte de tu Carrera, nunca olvidaste ese primer *enamoramiento* con la América colonial, por lo cual fuiste convocado para dictar clases también de esa Historia durante largos períodos.

Tu impulso docente no se limitó sólo a impartir clases y conferencias sino que además llevaste adelante proyectos educativos que ampliaban las fronteras áulicas locales, como tu coordinación académica en la Cátedra Abierta: 'Historia del Pensamiento y la Política Nacional. Hacia el Bicentenario de la Patria. Córdoba piensa la Argentina y la argentinidad, 1810-2010', que trajo por primera vez a Córdoba al destacado sociólogo e historiador Immanuel Wallerstein. Y tan profundo era el lazo que te unía (y aún te une) con la Escuela de Historia que estuviste al timón de su dirección entre 1986 y 1989, y otras tantas remando junto a los camaradas de ese barco que lleva de proa al Tiempo y que no se hunde ni se hundirá jamás.

Y es justo decir también que tu dedicación a ese espacio y a ese oficio sólo fue posible en la medida de tu sacrificio, pues si bien te abocaste a la investigación y

escritura de diversas temáticas a lo largo de tu vida, tu intensa labor docente lamentablemente no permitió que todos tus escritos vieran la luz antes de tu partida.

Tuvimos esa instantánea empatía quizás por mi inclinación hacia temas históricos que también a vos te interesaban (y lo mucho que me enseñaste precisamente por eso), o tal vez porque yo había sido también alumno de tu hermana Cristina, a quien adorabas con una complicidad de niños de cuento; y precisamente por eso es que no puedo recordar el momento exacto en que nos conocimos, como si siempre hubieras estado presente. Pero lo que sí puedo recordar, y que no olvidaré jamás, son aquellas tardes de octubre en que junto a Pedro Soler, otro de tus discípulos, sentados en los pupitres desordenados del box de Americana, mate en mano, escuchábamos tus historias sobre *bueyes perdidos* del pasado de Córdoba y aun de la propia Escuela de Historia, mientras nos repartías textos que querías que leyéramos (muchos de los cuales se convirtieron en lecturas de cabecera hasta el presente, como los libros de B. Tuchman o Z. Moutoukias). Así como tampoco olvidaré los asados en la parrilla *científica* de tu quincho, donde compartí, junto a vos, Marta y el grupo de alumnos que te seguíamos hasta la sombra, las sobremesas más estimulantes que puede vivir quien ha elegido a la Historia por pasión y por oficio.

Y tampoco voy a poder olvidar mientras viva cuando nuestros caminos volvieron a cruzarse, vos recientemente retirado de la docencia y con una gran tristeza precisamente por esa pérdida; porque ese fue el momento en que te comprometiste a dirigir mi trabajo final para empujarme a concluir la Carrera. Mi tesis fue la última que dirigiste, de las tantas que pasaron por tus manos a lo largo de los años, y que fueron las de todos aquellos actuales historiadores e historiadoras en quienes el recuerdo de tu generosidad y erudición permanecerá intacto en la memoria.

Por eso es ahí, en el Aula Magna de la Escuela de Historia donde quiero recordarte, con el pizarrón a tus espaldas, la barba canosa y el clásico blazer de parches en los codos; hablando con entusiasmo sobre la Historia del Continente Americano, desde el Cabo de Hornos hasta Groenlandia y desde Vespucio, los Moxos y el Mayflower hasta las últimas revoluciones latinoamericanas del siglo XX. Y así voy a hacerlo, porque además de ser uno de los mejores profesores que he tenido en mi vida fuiste también mi amigo. Hasta siempre, Carozo.

Federico Sartori

Universidad Nacional de Córdoba. CIECS/CONICET
federicosartori@gmail.com